

luego la lanceta? Y todo el párrafo VII hasta el remate del discurso, donde exhorta á las madres á que amen á sus hijos, ¿qué es sino avivar la llama del amor más puro y deleitoso que hay sobre la tierra?

Así los gérmenes, que sembró en el exordio, de la **convicción**, de la **moción** de efectos y del **deleite** oratorio, han ido creciendo en la confirmación hasta hacerse un árbol perfectísimo, cuyo fruto sazonado es la **buena crianza de los hijos**.



DISCURSO VEINTISÉIS

HORROR Á LA MUERTE

Ecce defunctus efferebatur, filius unicus matris suae.

He aquí que llevaba á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre.

(Luc., VII, 12.)

EXORDIO

ENTRE los afectos que, apoderados del corazón, hacen al hombre más supersticioso, más inepto, más pusilánime en el obrar, y, por decirlo así, más ridículo y extravagante, es sin duda el temor demasiado de la muerte. Veréis algunos que, señoreados de este temor, por nada de este mundo acudirán al santo templo en días y sermones donde se trate de la muerte, mas que predicara un Crisóstomo ó un San Agustín, cuánto menos uno tan insuficiente y miserable como yo. Conjeturad de aquí si tendrán los tales en su casa imagen ninguna ó figura de la muerte, ni cosa que refresque su memoria, ó si hablarán de ella platicando familiar y devotamente con sus amigos. Temerían luego el mal agüero de Filipo de Macedonia, el cual, como dijese la noche antes que la muerte más dichosa era la repentina, á la mañana siguiente acabó sus días, logrando muy cumplidamente sus deseos y elección. ¿Hablarles de testamento? Pareceríales que, manifestada su última voluntad, no tenían más que hacer, y así como desaprovechados é inútiles, ó como desocupados y por de más en este mundo, les era forzoso despedirse de él á toda priesa. ¿Qué

Ex visceribus caecae. Parte 1.^a Conciliase la docilidad:

que hay hombres extremadamente temerosos de la muerte:

decírase por los efectos y señales,

enumeración.

diré de la ceguedad y superstición de algunos hombres que tienen, como los gentiles, sus días aciagos ó nefastos, en los cuales nadie los convencerá que emprendan una larga jornada, ni á trueque de conquistar un reino? ¡Qué mesas ni convites! Si por desgracia ven el número de asientos trazados en su fatal creencia y desvariada fantasía, no probarán bocado, mas que se mueran de hambre. ¡Pobres astrólogos, cuánto os cuesta vuestra vana ciencia!—En semejantes locuras, y otras muchas, dan los miserables hombres dominados del temor desmedido de la muerte.

Mas todavía, os confieso, mis amados hermanos, que si esto acaciese tan solamente á impíos, á hombres sin conciencia, á pecadores desalmados, no me maravillara mucho. Razón tienen los infelices de horrorizarse y temblar al pensamiento de aquel punto terrible, puerta y entrada para ellos de los infiernos perdurables. Pero que suceda á personas por otra parte piadosas, y de arregladas costumbres y de conciencia no rasgada, sino temerosa de Dios y aun escrupulosa y delicada; esto, en verdad, me sorprende y maravilla. ¿Parécenos, hermanos míos muy amados, tan horroroso el morir? *Usque adeone mori miserum est*, que á la vista de un mancebo difunto, que llevan á la sepultura, hayáis de huir y volverme las espaldas? No, piadosos oyentes, deteneos; que Dios nuestro Señor me ha inspirado una idea nobilísima, y no desconfío de llevarla á cabo con el favor de su gracia y vuestra singular benevolencia; es á saber: ahuyentar, al menos en parte, y **desterrar de los ánimos este horror á la muerte**, comoquiera que es lo que más impide aparejaros á ella con verdadera y cristiana sinceridad.

Vemos que los niños se espantan á la vista de una fea máscara, y pierden el tino, y corren llorando á esconderse en el regazo de sus madres. Y ¿cómo los sosegamos? Ponémosles en la mano el tan temido fantasma. Y de ahí á poco, no sólo no la temen, pero juegan y se entretienen y hablan con ella muy regocijados, y lloran si intentáis arrancársela por fuerza. Esto mismo, amados oyentes, quiero hacer, con vuestra licencia, en este día. Quiéroos hacer tocar con vuestras manos ese fantasma de la muerte, y con esto que os

epitafismo,

Parte 2.ª Gramática la *Arseologia*, por aversión y conversión:

semillas de los afectos y argumentos:

propos. y fin de todo el razonamiento, la *paragone* del temor demasiado:

Parte 3.ª Excita la atención, por símil del niño y la máscara.

certifiquéis por vuestros ojos si hay razón de temerla tanto, ó más bien de recibirla con los brazos abiertos, cuando sea Dios servido de enviáosla, ya que no tengáis pecho para desealarla ardentemente. Sólo una cosa supongo, según arriba insinué: que hablo á un auditorio pío, ó no completamente descuidado en el negocio de su salvación. Escuchad, por tanto, y comencemos desde luego á recorrer las poderosas razones que, no sin fatiga, á manera de solícita abeja, he podido recoger, para vuestro provecho y mío, en los verjeles amenísimos de la Escritura divina y libros de los santos.

por la grandeza y dificultad de su proposito,

por la diligencia del orador.

PRIMERA PARTE

II

¿Quién de vosotros, mis amados hermanos, viajando por ventura en el invierno, no se ha encontrado alguna vez con un camino áspero, quebrado, estrecho y pedregoso? Si veis por allí algún pastor ó campesino apacentando su ganado, ó componiendo el valladar, al punto le preguntáis: Buen hombre, ¿hay otro camino para tal pueblo ó ciudad?—Si os dice que sí, y mucho más llano y seguro, ¿cómo os enojáis con vuestro guía, que os lleva por tales sendas y vericuetos? Mas si entendedís que es el único, el ordinario, el forzoso para todos los viajeros y caminantes, os encogéis de hombros y seguís vuestro camino, aunque escarpado y molesto, con mayor paciencia, si no con más alegría. ¿Qué infiero de aquí? Que si muriendo tuviésemos que andar por sendas no trilladas, nuevas, solitarias, sin huella de hombre, no me pareciera extraño que nos quejásemos de quien por tales descaminos nos llevase; mas si es la vía común y el único sendero por donde pasan todos los mortales, pecho, hermanos míos, gran aliento, y no desmayar ni congojarnos de caminar por él también nosotros, pues entramos en la vía por do entra todo el mundo: *Ingredior viam universae terrae* ¹.

Arg. 1.ª A necesidad. Es fuerza morir: luego no habéis de temer la muerte.

Prueba la conec. a) por símil ó parábola:

la única senda

(dialogismo)

aplicación,

conclusión de aliento.

¹ 3 Reg., II, 2.

β) Por ejemplos bíblicos, duplicación y

autoridad del Idiota:

confirrase por comparación a *mejori*,

antítesis y semejanza del árbol sin provecho.

Arg. 2.^a De los ADJUNTOS de esta vida.

Transición por anticipación: ¡pero morir tan presto!

Resp: 2) por sentimiento irónico:

β) directamente, por ejemplo de los israelitas, en Egipto.

Con esta consideración se alentaba el real Profeta para el duro paso de la muerte; con ésta el capitán Josué, con ésta el santo Job, con ésta se esforzaron todos los justos, quienes no temieron aquel trance, ponderando que lo que no puede excusarse es bien llevarlo con paciencia y alegría, según el dicho del sapientísimo Idiota: *Mortem non timent, considerantes, quia, quidquid necessarium est, hilari animo fieri debet*¹. Y en realidad de verdad, que es gran presunción tener por cosa intolerable que no nos perdone á nosotros la que no perdonó á Abraham, padre de los creyentes; á José, dechado de castidad; á Salomón, prodigio de sabiduría; á Raquel, portento de hermosura; á Judit, tipo de valor y fortaleza. Estas almas, verdaderamente grandes, que parecía que habían de vivir eternamente para bien del mundo, murieron y pasaron el camino; y nosotros temeremos el pasarlo, y tendremos por dura la ley de la mortalidad, siendo, por ventura, según la bella frase de San Judas, árboles infructuosos: *Arbores infructuosae*², y sirviendo á la tierra más de carga y embarazo que de provecho, más de afrenta que de honor y gloria?

III

Ni rliquéis, con el necio lenguaje del vulgo, que no tanto os pesa y atemoriza el morir, cuanto el tener que morir tan presto, como vemos á la mayor parte de los hombres; y os parece duro y lamentable no encontrarse ya en el mundo edades como la de Noé, Arfaxat, Nacor, Matusalén y otros varones y patriarcas, que padieron cada uno celebrar varias fiestas seculares. ¡Oh deseos vanos! ¡oh pensamientos ruines! Sólo resta que prorrumpáis, como el antiguo Teofrasto, mencionado por Tulio, en exclamaciones de envidia de las cornejas, cuervos y elefantes, á los cuales concedió naturaleza vida más larga que á los mismos hombres. ¡Qué! ¿Tan grande es la felicidad y bienandanza de este siglo, que tan envidiable os parece vivir tanto?

De los israelitas se lee en las Sagradas Letras que lle-

¹ De morte.—² Judae, xii.

vaban en Egipto la más penosa vida que puede comportar un pueblo esclavo. Sospechosos desde su entrada, aborrecibles á los ministros del rey, despreciados de la plebe, veíanse en la dura necesidad de pudrirse, por decirlo así, como ranas asquerosas en los charcos y lodazales. Condenados á levantar enormes y eternas fábricas, quienes estaban destinados á recoger paja para hacer adobes, quienes á cortar madera, unos á conducir arena, otros á encender los hornos, otros á acarrear piedra y cascajo, sin más recompensa de sus fatigas que golpes y malos tratamientos. Apaleados cada hora injustamente, no podían demandar justicia á los jueces, que no recibiesen, en lugar de satisfacción y desagravios, nuevos agravios y baldones. Demás de esto, trabajóse con mil artes para exterminar la raza, y á este depravado fin, y como si el nacer fuese un grave crimen, condenaron á todos los varones recién nacidos á ser ahogados en el Nilo ó en la garganta de los hambrientos cocodrilos. Pregunto, pues, ahora, ¿por qué razón Dios nuestro Señor permitió que el pueblo de Israel, su porción entonces tan amada, tan singularmente privilegiada y escogida, padeciese en Egipto tan miserable servidumbre? Responde agudamente San Crisóstomo. Permittedlo el Señor para que los israelitas no se aficionasen ni se prendasen de Egipto, antes bien lo aborreciesen y detestasen, y así desprendidos y desaficionados de aquella tierra de maldición, estuviesen más dispuestos á salir de ella cuando su Majestad los mandase ir á la tierra prometida: *Ut Aegyptum odissent, permisit eos lateritio opere, et luto, et ruderibus laborare*¹.

Pues de una industria parecida se vale Dios para despegar nuestros corazones de este mundo y desasirnos de esta vida mortal. Nos la hizo trabajosa, áspera, desabrida, congojosa; ya fatigada de horribles enfermedades, ya desasegada con inconsolables pesadumbres, siempre combatida de mil ondas de extraños contratiempos; y quiso su amorosa providencia que, al compás de los años, creciesen los achaques, las miserias y desabrimientos, para que, más

Narración compuesta.

1.^a parte. Horrible esclavitud

por distribución

é incremento.

2.^a parte. Avergüenza de la causa.

sacada del Crisóstomo: para que no se aficionasen al país.

3.^a parte. Aplicación y pintura de esta vida.

¹ Hom. 6 ad pop.

Amplificación a
comparar de nues-
tro apegiamiento
á la tierra.

por dialogismo

y semejanza bibli-
ca, la paloma sin
hiel y sin seco.

Primer miem-
bro por contraste.

Segundo miem-
bro por antitesis

y repetición.

Arg. 3.^o
A consequenti-
bus.

Si moris más
tarde, por ventu-
ra os condenaréis.
Luego no debéis
temer la muerte.

disgustados y descarnados, sintamos menos la salida. Le-
vantaos, parece que nos dice Dios por su profeta Miqueas,
levantaos é idos de esta tierra, porque no tenéis en ella
descanso ni bonanza: *Surgite, et ite, quia non habetis hic re-
quiem* ¹. Y, ciegos de robos, jamás acabamos de resol-
vernos y decir: Ea, vámonos de este mundo engañoso;
antes, apenas barruntamos de lejos las señales del manda-
miento que nos dice *sal*, túrbasenos el pensamiento, hiéla-
senos la sangre en el corazón, languidecen y desmayan los
espíritus, y quisiéramos, por más viejos que seamos, la
prórroga y dilación de algunos años.

Y ¿qué es esto sino hacernos merecedores de aquella
amarga queja con que reprende Dios al desventurado
Efraim, cuando le llama paloma sin hiel, paloma necia y
desaconsejada? *Factus est Ephraim quasi columba seducta non
habens cor* ². Pero ¿cuál es la necesidad, me diréis vosotros,
y en qué consiste esa su falta de cordura? ¿Sabéis en qué?
En su ciego amor al palomar ó casa; pues aunque mil ve-
ces la molesten, y roben sus pequeñuelos, ó maten sus
compañeras, ó hurten sus huevos, no deja la tonta de vol-
ver á su mísera vivienda y hacer en ella su nido como an-
tes. Necesad que sabe imitar el malaventurado hombre.
Cada día vemos aquí fallidos nuestros planes, continua-
mente nos persiguen los poderosos, nos arman traición
nuestros rivales, nos arrebatan lo que más queríamos en
este mundo, siempre mana sangre nuestro lastimado cora-
zón, y, con todo, este lastimado corazón pégasenos á esta
tierra, y tira de continuo á este miserable palomar, y en él
queremos hacer asiento, y en él tener nuestro nido, y en
él vivir y holgar y regocijarnos, como si no caminásemos á
otra morada, tanto más rica y acomodada que este suelo,
cuanta ventaja lleva un espléndido palacio á un estrecho
nido de palomas.

IV

Mas, puesto caso que tuviésemos aquí grandes comodi-
dades y regalos, ¿quién sabe si morir antes traerá más

¹ Mich., II, 10. ² Os., VII, 11.

cuenta á nuestra alma que morir después? De Pompèyo el
Grande aseguran los escritores que, para ser el más feliz y
glorioso capitán del mundo, solamente le faltó morir diez
años antes. Esta fortuna y anticipado acabamiento faltó á
Nerón para ser uno de los príncipes más clementes; y la
misma faltó al emperador Galba, y hubiera sido uno de los
más señalados hombres en el gobierno. Por el contrario,
¿cuál fué la mayor fortuna de Alejandro? ¿vencer á Darío?
¿sojuzgar á Poro? ¿dar su ley á los remotos indios? No,
sino el morir tan joven. A vivir muchos años más, tiénese
por cierto que perdiera el renombrado título de Grande,
porque empezaba á moverse contra él el Occidente. A seme-
janza, pues, de estos capitanes, ¿cuántos reinarian ahora
y estarían muy encumbrados en el cielo, á morir un poco
antes, y por vivir unos años más están penando en el pro-
fundo infierno de los condenados! ¿Por qué temeremos, de
consiguiente, la muerte, siquiera sea prematura, cuando
puede acarreamos nuestra eterna salvación?

Veo, hermanos míos, que si conjeturáis cercano un tur-
bión ó tempestad, que va á descargar furiosa en vuestras
heredades, os apresuráis á segar las mieses, aunque no
bien espigadas y amarillas, y á vendimiár la uva, aunque
no esté del todo sazónada, y á coger la fruta y sacar las
hortalizas y legumbres, por más que no toquen á su com-
pleta madurez. ¿Y llevaremos á mal que Dios nuestro Se-
ñor use con vuestras almas del cuidado y providencia que
tenemos con los frutos de la tierra, por que del todo no se
pierdan y malogren? Su alma era agradable en el divino
acatamiento (oid la señal cierta que nos da el inspirado
autor de la Sabiduría de un justo y amado de Dios); su
alma era agradable en el divino acatamiento, su Majestad
la veía cercada de mil peligros, y ¿qué hizo en su miseri-
cordia? Dióse prisa á sacarla de este mundo, no en castigo
de sus culpas, como á los ímpios que viven aferrados en
sus vicios, sino para su preservación y seguridad: *Placita
erat Deo anima illius, propter hoc prosperavit educere illum de
medio iniquitatum* ¹.

Transición por
concesión.

Antec. a pari,
por enumeración
contrapuesta:

primer término,

segundo término;

conclusión.

Confirmase por
simil humano

(la vendimia an-
tes del granizo)

y testimonio di-
vino

(la muerte antes
de la culpa).

¹ Sap., IV, 14.

V

Arg. 4.^o
CONFIRMACIÓN
del ant. Micasras
vivimos, corre-
mos riesgo de
condenarnos.
Luego.

La consec. por
fíml de la nave,
autoridad.

El autec. por
enumeración de
los peligros de
esta vida:

si pasiones que
nos guerrean

por notable di-
mar de S. Cipria-
no.

Ello, cierto, es así; porque, decidme, carísimos oyentes y hermanos míos en Jesucristo, ¿quién de nosotros, mientras navegamos por el tempestuoso golfo de este siglo, no vive en continuo riesgo de pecar, y sumirse, por consiguiente, en el profundo del infierno? Preguntaron una vez á un filósofo por nombre Stesicoro, qué linaje de barcas ó bajeles era el más seguro; si la galera, por ejemplo, si el navío de alto bordo, si la fusta, si la carabela, ó qué clase de embarcación de las que surcan el mar. Mas él agudamente respondió, que el más seguro le parecía el bien anclado en el puerto; dando á entender que entre las olas y vaivenes de las aguas, para ningún género de embarcaciones hay seguridad, sino continuos riesgos de anegarse. Esto pasa con todos los hombres, que mientras cruzamos este revuelto océano, hay peligro de ir á pique y naufragar. Y así, ¿qué ceguedad la nuestra que no deseamos y suspiramos día y noche por aquellas playas celestiales, por aquel puerto seguro de la bienaventurada eternidad? ¡Oh qué ondas y tempestades rugen á nuestro alrededor y combaten aquí nuestra frágil navicilla! Peleamos con la ira, con la deshonestidad, con la avaricia (con esta viveza nos representó el glorioso mártir San Cipriano el embate y porfia de las pasiones); peleamos con la carne sucia, con el mundo halagüeño y deslumbrador. Si derribamos y vencemos la avaricia, levántase contra nosotros la liviandad; si refrenamos la liviandad, vérguese la ambición; si hollamos la ambición, enciéndonos la ira, envanécenos el orgullo, tiranos la embriaguez, consumenos la envidia, y la emulación rompe todo lazo de amistad. Ora nos levanta el favor, ora nos hunde la tristeza, ya la pereza nos entorpece, ya nos arrebata la codicia¹.

¹ Cum avaritia nobis, cum impudicitia, cum ira, cum ambitione congressio est, cum carnalibus vitis, cum illecebris saecularibus. Si avaritia prostrata est, exurgit libido; si libido compressa est, succedit ambitio; si ambitio contempta est, ira exasperat, inflat superbia, violentia invitat, invidia concordiam rumpit, amicitiam zelus abscondit. De mort.

Y por ventura ¿no debemos añadir á tantos contratiempos los acometimientos de los corsarios infernales, que de continuo infestan nuestro mar? Averiguado es que donde leemos en Job que es una milicia la vida del hombre sobre la tierra, según confirma nuestra Vulgata, el texto griego de Jos Setenta dice, con mayor énfasis, que es una correría de naves de piratas: *Piraterion est vita hominis super terram*¹; para denotar, que puesto caso que escapemos, con el favor de lo alto, de las olas embravecidas, de las sirtes y bajos arenosos, de los vientos desencadenados, de los ocultos escollos y monstruos espantables, resta aún que escapemos de la astucia y violencia de los corsarios.

Ea, pues, mis amados hermanos, pronto al deseado puerto, y, persuadidos que fuera de él no hay seguridad posible, apresuremos la carrera y abramos nuestras velas al viento que hacia allí más rápidamente nos conduce. ¿Por qué ha de pesarnos dejar este miserable cuerpo donde navega nuestra alma? He visto con mis ojos á algunos marineros que, acosados furiosamente por los bergantines argelinos, no cuidaron sino de salvar la vida. Como lograron desembarcar en tierra, poca cuenta tenían de su nave ó falucho, ni miraban más si quedaba presa de los bárbaros, ó lo destruían en la orilla, ó lo sumergían en el mar para escarmiento de los cristianos. Quédese, pues, y tome quien quiera nuestro cuerpo, desfigúrelo, despedácelo á su placer; ¿qué nos importa si, cargada de riquezas é impercederas mercancías, llegará el alma á salvamento y tomará puerto en las playas de la gloria?

VI

¿A salvamento en las playas de la gloria? Entonces si que moriríamos contentos, me decís; pero ¿quién nos promete tanto? ¿quién nos asegura de ello? Lo que nos hace tan temerosa la muerte es el miedo de lo porvenir, es el saber que para muchos la muerte es pasaje de las miserias temporales á las que nunca se acabarán.— Hermanos míos,

1) demonios que nos acosan,

por definición.

Conclusión fervorosa,

realizada por comparación del marinero y el pirata

2) permisión.

Arg. 5.^o REFUTACIÓN.— Pero ¿quién sabe?—

Resp. 1.^o por amorosa queja

¹ Job, vii, 1.

entiendo vuestra congoja, pero perdonadme si os digo que habéis interrumpido sin causa mi razonamiento. Porque ¿no dije desde el principio que no era mi propósito predicar hoy á pecadores impenitentes, encenagados en vicios, encallecidos en el mal, que parece como que se empeñan en condenarse á toda costa? Lejos, lejos de aquí esos malaventurados: nunca pensé dirigirles la palabra. Bien hacen los infelices en temer, y no sólo en temer, pero en temblar y horrorizarse á la memoria de su partida, fin de sus goces y comienzo de su interminable padecer. Con aquellos hablo, torno á repetir, que tienen algún cuidado de su salvación; con aquellos que, si caen, se levantan, y, si pecan, todavía se duelen y arrepienten. Tales creo á la mayor parte de vosotros; y así digoos, hermanos, que debéis arrojar el áncora de vuestra esperanza para la hora postrimera en aquel Señor piadosísimo, que se precia de ayudador en el tiempo oportuno: *Ajutor in opportunitatibus* ¹. Confíad en aquella sangre preciosísima que por nosotros derramó; á él encomendad muy afectuosamente cada día el último de vuestra muerte, diciéndole con entrañable devoción aquellas palabras: Señor, no me atemorice tu venida; tú eres mi esperanza en el día de la tribulación: *Non sis tu mihi formidini, spes mea tu in die afflictionis* ²; ó aquellas otras: Líbrame á mí, Libertador, de las manos de mis perversos enemigos. *Libera me de manu pessimorum* ³; ó aquellas otras: Rescátame del poder de los robustos: *Redime me de manu fortium* ⁴; ó aquellas: Cuando desfalleciere mi fortaleza, no me desampares, Dios mío: *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me* ⁵.

Mañ si todavía deseáis una práctica muy fácil para que la muerte os traslade al paraíso, os lo dire: haced lo mismo que os estoy persuadiendo con tantas razones, aceptadla con resignación, conformándoos con la voluntad de Dios. ¿Quién no leyó en las sagradas Escrituras aquel pasaje del otro profeta, el cual, enviado con gran diligencia al perverso Jeroboán, quebrantó el divino mandamiento de que no se

y vehemente imprecación

contra los rebeldes pecadores.

Resp. 2.^o por afectos de petición y confianza,

en los méritos de C.

en el poder de la oración.

Resp. 3.^o Por actos de heroica resignación.

pruebase por ejemplo bíblico.

detuviese en el camino, ni recibiese de hombre alivio alguno, ni agasajo, ni hospedaje? Desobediencia que enojó al Señor, y á la vuelta del profeta permitió que le acometiese un bravo león y le quitase la vida. Pero ved otra más extraña maravilla: ese mismo león no sólo no se atrevió á despedazar sus carnes y comérselas, pero estuvo guardando el cadáver de la voracidad de otras fieras, hasta que se le dió honrosa sepultura. Pregúntoos, pues, ahora: ó este profeta era pecador ó era justo. Si justo, ¿cómo le embistió el león?; si pecador, ¿cómo le defendió después de muerto? La respuesta más oportuna encontréla leyendo al bienaventurado San Gregorio, y es, que el profeta, cuando la bestia le salió al encuentro, verdaderamente era pecador; pero luego, aceptando la muerte inevitable en castigo de su pecado, Dios se lo perdonó y vino á morir justo: *Culpabilis in vita fuerat; puniuit inobedientia, erat jam justus ex morte*; y por esta causa, si primero fué asaltado como desobediente y malo, después fué venerado como varón celestial. El león, pues (éstas son sus palabras), que había quitado la vida al pecador, guardó luego el cadáver del justo: *Leo ergo, qui peccatoris vitam necaverat, custodivit postmodum cadaver justí* ¹.

Ni es de maravillar; porque si es acto tan subido de caridad conformarse con el querer divino en cualquiera tribulación, aunque pequeña, ¿cuán acepta no le será nuestra conformidad en la tribulación de las tribulaciones y más repugnante á nuestra naturaleza? Si queréis, pues, que la muerte os sea principio de la vida y de la eterna felicidad, venced vuestro natural, sobreponed al sentido y aceptadla de buena voluntad cuando Dios sea servido de enviáosla, estando muy ciertos que es el acto más perfecto que podéis hacer en vida. Oid cómo os lo certifica el glorioso San Agustín: Hay algunos, dice, que no quisieran morir, para aprovecharse en espíritu, siendo así que su aprovechamiento consiste en este querer morir cuando Dios quiera. Por tanto, fijaos bien en las palabras que el santo doctor añade: lo que no quieren para ser perfectos, quíeránlo, y

Primer miembro: la muerte del profeta.

Segundo miembro: las causas de su honrosa sepultura.

aceptó resignado el castigo.

Tercer miembro: aplicación, y razón á minor.

confirmada por autoridad de San Agustín.

¹ Ps. IX, 10. — ² Jer., XVII, 17. — ³ Jer., XV, 21.

⁴ Ibid., — ⁵ Ps. LXX, 9.

¹ 3 Reg., 13. L. 4 Dialog., c. 4.

desde luego serán santos y perfectos ¹. Por manera que el cristiano que desea vivir para alcanzar la perfección muera gustoso y resignado, y sin duda alcanzó la perfección.

VII

Arg. 6.^o
A consecuencia de la certidumbre de nuestra predestinación.

La muerte nos asegura que somos gratos a Dios. Luego es deseable.

Consec. por semejanza del espejo y la mujer mundana.

1.^a parte.

por elegante hipotiposis.

2.^a parte.
Aplicación: ansias y congojas de los justos por agradar á Dios:

Y ¿faltan acaso otras razones que nos endulcen la amargura de este trago, no menos eficaces y consoladoras que las arriba dichas? Quisiera, mis amados oyentes, que, volviendo á nuestro camino, consideraseis bien la inestimable consolación del alma justa cuando, rotas las ataduras de la carne por beneficio de la muerte, se certifique con certidumbre infalible que está en gracia y es hermosa á los divinos ojos. ¡Oh qué júbilo! ¡qué paz aquella! ¡qué deleite tan soberano, cual jamás hemos probado en este mundo, como que sobrepuja todo criado entendimiento!

La mujer mundana, codiciosa de parecer bien, ninguna alhaja estima tanto, de ninguna se desposee con mayor dolor, que del espejo. ¿Por qué razón? ¿porque reciba de él alguna mayor hermosura, más gracia, más encanto? No, sino porque se asegura y certifica de ello. Ataviése en buena, engalánese, y esté, si queréis, radiante de belleza; mas, si su espejo no se lo dice, no se satisface. A éste quiere por juez de su figura, de éste fia, con éste se aconseja principalmente, sin dar gran autoridad al dicho y parecer de los demás. Por donde viene á ser que, hasta haberse mirado y remirado en el cristal, no descansa, no sosiega, no forma juicio cierto de su persona, si anda aseada ó desaseada, si el cabello, si la frente, si el tocado, si el prendido, si todo el aderezo está en su punto y proporción.

Pues ese cuidado que ponen las mujeres vanas en agradar al mundo, y por este respeto en aderezar lo de fuera, ese y mucho más ponen los justos en agradar á Dios, y á

¹ Sunt aliqui, qui dicunt, idéo se nolle mori, ut proficiant; cum tamen profectus eorum in hoc ipso situs sit, quod mori velint. Proinde quod nolunt, ut perfecti sint, velint, et perfecti sunt. Tom. 4 quaest. in Matth. in fine.

este fin en hermoear y ataviar sus almas con los atavíos de las virtudes. Agradar á Dios, parecer cada día más hermosos á los ojos de su divina Majestad, éste es su más ferviente deseo, ésta el ansia y único anhelo de su espíritu. Esto sólo quiero, no he menester más, Dios mío, le dicen ^{repetición}. con las bellísimas palabras de Jacob, sino que parezca bien en tu santo acatamiento: *Hoc uno tantum indigeo, ut inveniam gratiam in conspectu tuo, Domine mi* ¹. En razón de esto, procuran debilitar su carne con ayunos, y palidecer con largas vigiliias y oraciones, y acardenalár su cuerpo con recias disciplinas, que tales son los aderezos y atavíos con que se hermoear y parecen bien á los divinos ojos. ^{enumeración}

Mas ¡ay dolor!, que no tienen en este bajo mundo espejo ninguno resplandeciente, que los asegure de lo que tanto anhelan. No les faltan, es verdad, voces lisonjeras ó demasiado compasivas que les dicen lo que las criadas á su señora ó ama, que ya son santos y hermosos, que no se maltraten y lastimen tanto, que ya no tienen fealdad ni mancilla de culpa; que todas sus acciones son santas y buenas, todas sus miradas honestísimas, todos sus pasos concertados, todo su comportamiento ajustado á la ley de Dios y muy edificante: los cuitados no se aquietan ni tranquilizan con los humanos testimonios, antes reclánsen continuamente no diga por ellos Isaías: Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, éstos son los que te engañan: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt* ². De aquí nace el recatarse con el santo Job, y tener por sospechosas todas sus obras grandes y pequeñas: *Verbar omnia opera mea* ³. De aquí el temer con el Profeta Rey de los pensamientos y complacencias más ocultas: *Ab occultis meis munda me* ⁴. De aquí el exclamar congojosamente con San Pablo: Aunque mi conciencia de nada me remuerde, no me tengo por seguro y justificado: *Nihil mihi conscio sum, sed non in hoc justificatus sum* ⁵. Pues ¡qué alegría tan entrañable sentirá el alma justa, cuando la muerte le ponga ante los ojos aquel limpidísimo espejo del juicio divino y particu-

¹ Gen., xxxiii, 15.—² Is., iii, 12.—³ Job, ix, 28.

⁴ Ps. xviii, 13.—⁵ 1 Cor., iv, 4.

lar de cada hombre, en el cual remirándose podrá exclamar: Limpia estoy, hermosa parezco á los ojos de mi Dios! ¡Oh éxtasis! ¡oh arrobamientos! ¡oh deliquios de amor! ¡oh dulcedumbre inefable! ¡saber de cierto que Dios me ama! que Dios me escoge, que Dios me ha salvado y me da asiento incommovible en la mesa de su gloria!

por exclamación.

Arg. 7.º
A consequenti
bus, ó posesión
de la verdad.

Por la muerte
conoceremos to-
das las criaturas:
luego no hay que
temerla.

Transición por
definición de la
muerte.

Antec. Por an-
ttesis de la igno-
rancia en que vi-
vimos

(prosopopeya

enumeración

interrogación)

VIII

Harto sé que todas las demás verdades con que serán alumbrados y enriquecidos sus entendimientos, las tendrán por de poca estima, cotejadas con ésta de su eterna predestinación. Más todavía, quisiera que consideraseis además el deleite del alma cuando, roto el velo y como deshechas las cataratas de sus mortales ojos, se le descubran en un punto cosas tan maravillosas, tan estupendas y varias, que jamás acertó siquiera á imaginar. Oigo decir que la muerte es un sueño; mas en hecho de verdad no es un sueño, sino un despertar dulcísimo, un conocer clarísimamente que hasta aquella hora habíamos dormido. Será llevado á la sepultura, así dice del hombre el sapientísimo Job, y en el amontonamiento de los muertos velará: *Ad sepulchrum ductur, et in congerie mortuorum vigilabit* ¹. ¡Oh tierra! ¡oh cielo! ¡oh mundo universo, que tan poco sepamos de las maravillas que encerráis, mientras vivimos en esta peregrinación!...

Alcemos los ojos á las estrellas: ¿quién acertará á decirnos de qué materia son esas antorchas brillantísimas? ¿quién su grandeza? ¿quién su muchedumbre y variedad? ¿quién sus influencias? ¿quién sus concertados movimientos? Y los cielos ¿cuántos son? ¿cuántos los sistemas planetarios? ¿qué órbitas trazan? ¿hasta dónde se extiende la maravillosa máquina del mundo? ¿Quién dora el sol? ¿quién platea la luna? ¿quién turba y alborota los vientos? ¿quién los desata y vuelve á atar? ¿quién los embravece y amansa con tanto imperio? Las nubes, que están como suspendidas en el aire, ¿quién las dirige y encamina para provecho ó

¹ Job, XXI, 32.

castigo de los vivientes? ¿Qué sabemos de la formación de la nieve ó del granizo, de las leyes que rigen en las tempestades y borrascas y demás fenómenos del cielo, sino conjec-
turas, sistemas, probabilidades más ó menos envueltas en el fastuoso manto de la ciencia? Y ¿qué diré de tantos milagros de la naturaleza, de los manantiales que brotan en las cumbres más elevadas, del mar encadenado con débil arenilla, de los metales formados en las entrañas de los montes, de los volcanes, de los cuerpos simples y compuestos, de las plantas, de las fieras, del hombre, del demonio, de los ángeles, inteligencias remotísimas y espíritus inaccesibles?

respecto de las
cosas naturales.

Algo sabemos, es verdad, y alguna partecilla rastreamos del artificio de esta fábrica, conforme á aquello del Apóstol: *Ex parte cognoscimus* ¹; pero veis aquí la raíz de nuestra pena, rastrear algo, conocer en parte. Si nada supiésemos, fuera menos sensible nuestro mal; pero saber solamente lo que basta para avivar el deseo, no para hartarlo, es cierto gran tormento. ¿Quién dirá, pues, el regocijo que experimentará nuestro espíritu cuando, desatados de la cárcel y tinieblas de este cuerpo, abramos los ojos y contemplemos la primorosa hechura del mundo, abarcando de una vista la inmensa creación? ¿Qué sentiremos al vernos instantáneamente sapientísimos, doctísimos, conocedores sobre cuantos han asombrado á las gentes con la profundidad de su doctrina? ¿Qué decís? ¿qué pensáis, mis amados oyentes? ¿Os parece si es tan espantosa la muerte que nos abre la puerta á tanto bien?

la claridad y
lumbre venidera.

Consecuencias
del jubilo.

realzada por com-
paración á muer-
te

De un filósofo llamado Cayo Junio cuenta Séneca que, siendo condenado á muerte, se alegró en extremo, porque dentro de poco averiguaría la verdad de aquel punto tan controvertido en las escuelas paganas, de la inmortalidad del alma. Filetas murió de pura pesadumbre de no saber desenredar un sofisma que le propusieron; y de Aristóteles es fama que, no acertando á explicar la naturaleza del mar Euripo, se arrojó desesperadamente en sus furiosas ondas, diciendo: Ya que Aristóteles no abarca el mar Euripo, el

de Cayo Junio,

de Filetas,

de Aristóteles.

¹ 1 Cor., XIII, 9.

mar Euripo abarque y suma á Aristóteles: *Quoniam Aristoteles non capit Euripum, Euripus capit Aristotelem.* ¡Tanto le congojaba una verdad no sabida, que lo tuvo por más intolerable que la muerte! ¿Cómo, pues, nos parece tan amarga esa misma muerte merced á la cual conoceremos no una, sino innumerables, peregrinas, profundas y luminosísimas verdades!

Conclusión.

Arg. 6.^o
A consecuencia
de la visión
teatral, y peroración.

IX

Mas yo no quisiera, hermanos muy amados, que el deseo de tales bienes, al fin terrenos y creados, os moviera principalmente á desembarazaros gustosos de esta carga y pesosa mortalidad: quisiera que os arrebata sobre todo el ansia de ver á Dios. ¡Ah cristianos! ¿quién lo imaginara? Un Dios en el trono de su gloria nos está esperando para descubrirnos su bienaventurada faz, para recibirnos en la parte de sus contenidos, para introducirnos en la posesión de sus tesoros; y nosotros, pudiendo luego alcanzar un bien tamaño, pedimos plazos, buscamos excusas y dilaciones. ¡Oh desconocimiento de los hijos de Adán! ¡oh ignorantísimos hombres! ¡oh baja y poquedad!

La muerte nos
lleva á gozar de
Dios. Luego es
deseo.

Introducción de
ira y vergüenza,
por hipotiposis.

Ardía Moisés en abrasadas ansias de ver la faz de su Señor; y así, convidándole la ocasión de hablar con su divina Majestad, cobró ánimo, y con vergonzoso atrevimiento y afecto de sus entrañas le pedía: *Ostende mihi faciem tuam*¹. Muéstrame tu divino rostro. Y sin duda le cumpliera Dios su petición, si el buen anciano, viendo el despacho de su demanda: *Non videbit me homo et vivet*: No me verá ningún hombre y vivirá; no desmayara ó se entibiara su fervor sin osar otra vez abrir sus labios ni presentar nueva instancia. Suspenseo San Agustín y medio escandalizado de esta tibieza y frialdad del siervo de Dios, no puede contenerse y exclama enamorado: ¿Tanto costaba aceptar la condición y decir resueltamente: Señor, pues, moriré? ¡No me verá ningún hombre y vivirá! Poco es esto; ea, Dios mío, muera ya para veros á Vos, y véante mis ojos para que luego mue-

por ejemplo de
Moisés

y corrección de
San Agustín.

¹ Exod., xxxiii, 13.

ra! *Eja Domine, moriar, ut te videam, videam ut hic moriar*¹. Disponed de mí á toda vuestra voluntad; mas si para veros y gozaros, si para embriagarme en el impetuoso río de vuestros deleites no se me pide más que esta deleznable vida, desde ahora la resigno y me contento con morir. ¿Qué me importa privarme de este sol, si verá al resplandeciente sol de justicia y me iluminará la lumbre indefectible? Cerraos, pues, ojos míos, y no miréis la baja de la tierra. Adiós, montes; adiós, ríos; adiós, campos y florestas; adiós para siempre, mares procelosos. ¿Qué perderé con perderos á vosotras, menguadas criaturas, si gano al Criador? ¿qué gran cosa no ver más vuestros encantos, si voy á ver al dador de ellos y fuente de hermosura? A Vos sólo quiero, y por Vos únicamente suspiro, fuera de Vos no quiero cosa criada. Con Vos deseo abrazarme, hacia Vos se me arrebató el corazón, y si el único embarazo para volar libremente á Vos son estos lazos mortales, este cuerpo corruptible, ea, Criador mío y bienaventuranza mía, rompe estos lazos, líbrame de la pesadumbre de este cuerpo. No pido con el Apóstol que se desaten, *cupio dissolvi*, porque la caridad de Cristo, que me consume el alma, no sufre tanta dilación; que se rompan, pido, estas mortales ataduras, pues ninguna amenaza ni castigo temo tanto como el que me intimáis Vos por el profeta: Tened espera, aguardaréis á verme muchos días: *Dies multos expectabitis me*².—Así clamaba el enamorado San Agustín y desfallecía su espíritu á la memoria de la muerte, porque habia en parte comprendido qué significó ver á Dios faz á faz y anegarse en el piélagos de su bienaventuranza.

Deprecación de
deseo vehementí-
simo,

por prosopeya,

contraste,

y repetición amo-
rosísima.

deseos de la gra-
tia.

Y ¿qué decimos nosotros?, responded ¡oh cristianos! ¿Abrazaremos gustosísimos el partido del glorioso Santo? Mas ¿qué digo? Vergüenza da lo que acontece, y aun de sólo recordarlo se me cubre la cara de rubor y confusión. Hubo allá un tal Cernidas que deseaba con impaciencia la muerte, ¿sabéis para qué fin? Para conocer de rostro cuanto antes á tres grandes almas: á Hécates, entre los historiadores; á Homero, entre los poetas; á Pitágoras, entre

1.^a parte.

¹ Soliloq., II, 1. —² Os., III, 3.

2.ª parte. los filósofos. Y, ¡oh baldón!, para veros á Vos, Dios mío y Trinidad gloriosísima, Padre, Hijo y Espíritu Santísimo; no hay entre nosotros quien desee morir y más bien no lo repugne. Voy á decir una cosa increíble por lo maravillosa, pero harto verdadera. Hombres hay, y por ventura aquí mismo, á quienes si nuestro Señor dejase vivir en este mundo, en este estado, en esta misma lastimosa condición en que ahora penan, no les importara mucho renunciar para siempre á la vista y bienaventuranza de Dios. ¡Oh baldón!, tor-
 Por licencia, no á decir, ¡oh afrenta del nombre cristiano! ¿Qué linaje es éste, ó de locura ó de infidelidad? ¡Ciegos y desleales!, ¿qué haríamos, á no ser, como somos, pueblo escogido, porción
 y exclamaciones. querida, *populus et peculiaris* ¹, asentados por Dios en medio de su Iglesia, alimentados con su Sangre, regalados con su Cuerpo sacratísimo, privilegiados con tantas y tan ricas prendas de su amor y entrañable caridad; sino de aquellos infelices que yacen en sombras de muerte, sin fe, sin Dios, sin esperanza? *Qui spem non habent* ². Hemos pecado, es cierto; mas ¿por esto desmayar? ¿No está Dios pronto á perdonarnos? ¿No es padre de las misericordias? ¡Ah, hermanos!, ¿no sabéis que su gloria solamente la quiere para nosotros?

Prolepsis y transición. — ¡Hemos pecado! —

Resp. por patética. — PERORACIÓN.

Hechos de confianza

de deseos del galardón y reino eterno.

de unión con nuestro centro.

Hijos somos de santos (gran consuelo que daba el santo Tobías), hijos somos de santos, y así aguardamos aquella bienaventurada vida que dará seguramente el Señor á todos los que no desviaren de su confianza de él. *Filii Sanctorum sumus, et vitam illam expectamus, quam Deus daturus est iis, qui fidem suam numquam mutant ab eo* ³. ¡Arriba, pues, los corazones; confianza, hermanos míos! ¿Dónde jamás se vió que fuese uno con repugnancia y arrastrando á recibir la corona tras la lucha, el premio después de la carrera, las magnificencias del triunfo tras los horrores del combate? ¿No somos por ventura nosotros los que rogamos al Señor cada día tan instante y fervorosamente: Venga á nós el tu reino: *Adveniat regnum tuum*? ⁴. ¿Cómo, pues, amamos tanto las prisiones y cautiverio de este mundo?

¹ Deuter, vii, 6. — ² I Thess., iv, 12.

³ Tob., ii, 18. — ⁴ Luc., xi, 2.

Veo que los ríos no se dan paz ni punto de sosiego hasta abrazarse con el mar. Por más que los valles por donde pasan sean frondosísimos, hermosas las vegas, amenos los huertos y jardines, no por esto se detienen en su veloz carrera; antes de continuo parece que repiten murmurando: al mar, al mar. Los vientos no se aquietan hasta explayarse en el espacio; el fuego no para hasta que se levanta victoriosamente; la piedra se despeña con ímpetu al profundo; todo corre á su centro; y nosotros ¿no corremos con mayor ímpetu á juntarnos con nuestro fin, nuestro centro, nuestro Dios?

por inducción de todas las criaturas.

No, cristianos, concluiré con el glorioso mártir San Cipriano; mas, con mente serena, fe firme y fortaleza robusta, estemos aparejados á seguir el divino llamamiento, y, lanzando el temor de la muerte, dispongámonos á vestiros de inmortalidad: *Mente integra, fide firma, virtute robusta, et timore mortis excluso, excusatis istinc, non necessitatis vinculo, sed voluntatis obsequio* ¹. Mostrémosnos hijos de nuestros padres en la fe, y no basta deemos de sus nobles pensamientos; y cuando el Señor sea servido de llamarnos, vayamos tras él, no forzados de la necesidad, sino con pronta y alegre voluntad. No seamos de aquellos ciegos y miserables á quienes nadie osa dar el aviso de su inminente fin y próxima partida, por no congojarlos con la nueva. Vengan presto los santos religiosos á socorrernos con sus proces; vengán los sacerdotes á armarnos con los sacramentos de la Iglesia; no nos espantarán, antes nos consolarán con su vista.

Consecuencia práctica,

por testimonio

y exhortación.

Consideremos bien, hermanos míos en Jesucristo, y traigamos á la memoria cómo ya en el santo bautismo renunciamos á este mísero mundo, y consiguientemente que no somos sus moradores de asiento, sino huéspedes y peregrinos: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus*, como el Apóstol nos recuerda ². No tenemos aquí nuestra ciudad permanente, sino que buscamos la verdadera. Acojamos con regocijo al divino mensajero, que nos convida cortésmente á que pasemos ya á una morada más

AMPLIFICACIÓN por congruencia de argumentos:

hemos renunciado al mundo,

¹ De mortalit. — ² Hebr., xiii, 14.

estable, al reino de que somos herederos, al cielo para el cual somos criados. Mientras acá vivimos, vamos peregrinando lejos del Señor: *peregrinamur a Domino*¹. ¿Quién, desterrado, no aguijó hacia su patria? ¿Quién, navegando hacia ella, no desea viento en popa y rápida carrera? Nuestra patria es el cielo. Padres nuestros son aquellos santísimos patriarcas, aquellos esforzados mártires, aquellos gloriosísimos apóstoles. ¿Cómo es posible que no queramos llegar pronto á su bienaventurada presencia? ¡Oh cuántos amigos nuestros nos esperan en la celestial Jerusalén! ¡cuántos deudos y parientes nos están aguardando, seguros de su inmortalidad, pero temerosos aún de nuestra salvación! Luego, pues, hermanos míos, deseemos con fervor que venga el dichoso día en que los abracemos estrechísimamente y gocemos de su vista, y oigamos su voz, y gocemos de su gloriosa compañía en sempiterna felicidad.

¡Bendita muerte, pues tú sola puedes traernos tanto bien! ¡Dichoso quien te conoce, dichoso quien te estima, mil veces dichoso quien ardentemente te desea! Entre ya en mis huesos la podredumbre, exclamaré con Habacuc, y corran los gusanos por mi cuerpo: *Ingrediatur putredo in ossibus meis, et subter me scateat*². Caigan ya estas paredes, corrompase ya, podrézcanse ya mis carnes, para descansar finalmente en el día de la gran tribulación y hora de mi muerte: *Ut requiescam in die tribulationis, et ascendam ad populum accinctum nostrum*; y, rotos estos lazos, suba libremente... ¡oh dichosa subida! ¡oh día feliz! ¡oh momento bienhadado!... ¿cuándo será, Señor?, y vaya al encuentro de aquel pueblo mío tan querido, que está con los brazos abiertos para recibirme!

PARTE SEGUNDA

X

Figúrase me, mis amados oyentes, que con lo dicho hasta aquí habréase en parte disminuído aquel horror que os

causaba el solo nombre de la muerte. ¿Qué resta, pues, en orden á la práctica, sino que me concedáis dos cosas muy conducentes, y que yo os pido con el mayor encarecimiento? Es lo primero que no huyáis, según muchos hacen, de aquellos ejercicios piadosos en que se trata de la muerte, como de devociones tristes, melancólicas, casi funerales; antes querría que los frecuentarais muy á menudo, mayormente aquellos en que se aprende á bien morir, como son los tan conocidos Ejercicios de la Buena Muerte.

Lo segundo, desearía que comenzéis de hoy en adelante á cobrar con la muerte suma familiaridad, que tratéis con ella, que os aconsejéis con ella, en una palabra, que consultéis con ella todos vuestros negocios y resoluciones. ¿Qué significa esto? Que siempre que hayáis de tomar acuerdo en cosa de importancia, penséis un poco si queríais haber deliberado así en el artículo de la muerte; y, si os parece que entonces os alegraréis, hacedlo; y, si no, lo hagáis por nada de este mundo. Hijo mío, no hagas nada sin consejo, dice el Espíritu Santo, y después de hecho no lo arrepentirás: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non poenitebit*¹. Mas ¿cómo haremos para traer siempre con nosotros un fidelísimo consejero, con quien tratar nuestras deliberaciones? Veislo aquí, aconsejaos con la muerte, *O mors, bonum est iudicium tuum*: ¡Oh muerte!, recto es tu juicio, dice el Eclesiástico. Porque, sin duda, no hay juicio más prudente, ni más acertado, ni más sabio; por donde jamás nos llamaremos á engaño, ni torceremos un punto del verdadero camino, si lo siguiéremos. No, hijos míos, no hagáis nada sin consejo, y después de hecho no os arrepentiréis.

Todos habréis presenciado con dolor y lágrimas la muerte de muchas personas. Quién habrá enterrado la madre, quien sepultado á la esposa, quien cerrado los ojos á su padre ó hermano. Pues bien, ¿no observasteis por ventura sus sentimientos en aquella hora terrible? ¿Habéis notado de qué cosas se alegran ó entristecen? ¿cuáles obras de su vida alaban ó desalaban, aprueban ó detestan? Si advertisteis

Transición perfecta.

Medio 1.º Los ejercicios de la Buena Muerte.

Medio 2.º Tomar á la muerte por consejero en todo.

por definición, por analogía.

No hemos de hacer nada sin consejo.

pero el de la muerte es el mío.

Luego.

La menor, por inducción cotidiana.

comunicación,

somos desterrados.

los santos nos esperan

Conclusión por apóstrofes de arrobaamiento, á los oyentes,

á la muerte,

á la podredumbre,

al Dios de Sión.

Menos prácticos para alcanzar buena muerte.

¹ 2 Cor., v, 6. —² Hab., iii, 16.

¹ Eccli., xxxii, 24.

antiteís

en ello, sin duda os maravillaría cuán diversamente juzgan de las cosas los moribundos á la luz de la eternidad, que ya reverbera en sus conciencias, de como juzgaron en la flor de su edad y en el vigor de la salud. Porque, cierto, ¿quién no se pasma cuando ve cuán diferentes son allí los juicios de los hombres? ¿cómo se truecan sus gustos, cómo se trastornan los quererés, cómo cambian los pensamientos?

y enumeración.

Lo que primero agradaba, ahora da amargura; lo que antes daba amargura, entonces alegría y contentamiento. El que primero despreciaba á los mendigos, entonces los socorre; quien antes hacía burla de los sacerdotes, ya los llama; el que primero huía la frecuencia de los sacramentos, entonces los pide con instancia; y el que no podía antes sufrir una plática ó conversación de Dios, entonces la desea.

Conclusión

Todos querrian en lo postrero de la vida haber padecido más por su alma y por su Dios, haber ayunado más, haber llorado y mortificádose más. Veis aquí lo que quiere decir tomar á la muerte por consejera de nuestras acciones; considerar lo que querriamos haber hecho en aquel aprieto y última jornada, y hacerlo mientras Dios nos da fuerzas.

y tránsito á

Y comoquiera que la mayor parte de mi benévolo auditorio no es menos señalado en piedad y devoción que en la nobleza de su sangre ó de su estado, permitidme que refiera con sus principales pormenores la muerte de un personaje ilustre; así la misma grandeza del parangón será un estímulo para que imitéis sus esclarecidas virtudes.

la CONFIRMACIÓN por ejemplo.

La muerte de un rey; narración patética é ilustrada.

Exposición, ó el pecado.

Vado á la penitencia en la enfermedad;

XI

Luis VI, por sobrenombre el Craso, rey de Francia, resplandecía en la prudente gobernación de su pueblo, que le amaba y engrandecía justamente; mas después, arrebatado de furor guerrero, ó cegado de interés, dió en perseguir á ciertos dignísimos prelaços, por lo cual mereció ser ásperamente reprendido del glorioso San Bernardo. Sintiéndose el rey muy acabado y no lejano de su término, quiso dejar un documento de lo que se estiman en aquella hora las grandezas del mundo, aun por sus más favorecidos. Acometido, pues, de recia enfermedad, deseó vivamente, como

trae su historiador Sugerio, trocar la púrpura real por el hábito de monje, y aun hizo propósito, si salía de aquel paso, de entrar en la sagrada religión de San Benito, común refugio entonces de príncipes penitentes. Pero es justo castigo de Dios, que el bien que no queremos hacer cuando podemos, no lo podamos cumplir cuando queremos. Así que, como no convaleciese, antes se agravase la dolencia, apcribióse á sufrir el azote del Señor con cristiana resignación. Larga fué la enfermedad, y en ella su mayor consuelo fué la oración y la confesión de sus pecados.

deseos de perfección.

Acercándosele ya el fin, y estando para recibir el santo Viático, aunque tan debilitadas las fuerzas y caído y extenuado el cuerpo, levantóse inesperadamente del lecho, vistióse las regias vestiduras y salió al encuentro del Señor, con espanto y maravilla de todos los circunstantes. Estaban allí los principales señores del reino, entre ellos su hijo Ludovico, al cual, volviéndose el monarca, y con semblante no menos grave que devoto,—Ves, hijo mío, le dijo, en qué paran los reyes y emperadores. Muchos años he vivido, muchas batallas he ganado, muchos tesoros y riquezas he allegado; ¿qué me queda de tanta grandeza y majestad? Certificote que más consuelo tuviera en esta hora si, como era mi deseo, dejara yo el reino, mucho antes que el reino me dejara á mí. Aprende pues, hijo mío, y escarmentia; no te deslumbre el brillo de la corona. Yo, desde este día, la cedo

palabras de sermone desengaño.

de completa renunciaci3n.

y traspaso á tu cabeza, no para honrarte y enriquecerte con su resplandor, sino para descargarme á mí de tan gran peso. Sin embargo, si algún retorno ó muestra de gratitud merece esta mi anticipada renuncia, sólo una cosa desearía, á saber: que procures con la cantidad y la justicia de tu gobierno satisfacer por los pecados de tu padre. Protege las iglesias, ama á los pobres, socorre á las viudas y pupilos. Yo, el espacio que el Señor me dé de vida, lo pasaré en lágrimas y penitencia, pidiendo entrañablemente perdón á Dios de mis malos servicios, como hombre; perdón á ti de los malos ejemplos que te he dado, como padre; perdón á todos mis vasallos de lo mal que he gobernado, como rey.

de perd3n de sus pecados.

No pudieron los que presentes se hallaban contener las lágrimas, oyendo estas postreras razones. Sólo el rey, sereno

Obras de real misericordia.

y apacible, quitóse el anillo y entrególo á su hijo Ludovico, que estaba tan maravillado y atónito, como lloroso y enterrecido. Hizo luego pública donación de sus propios á las iglesias y sagradas religiones, distribuyendo los vasos y alhajas más preciosas entre ellas; dió al abad Sugerio, allí presente, un jacinto de inestimable precio para adornar con él la sacratísima corona de espinas de nuestro adorable Redentor. Tras esto hizo quitar de sus reales estancias las pinturas, paramentos, tapicerías, cortinajes y demás arreos y alhajas, y mandó que se diesen á los pobres; y no perdonando á sus mismas vestiduras, se despojó de todas ellas por sus manos, con inefable alegría de su espíritu, al verse, finalmente, en el acatamiento de su Dios, pobre y descalzo y casi desnudo. Hincadas luego las rodillas con profundísima humildad, hizo profesión de la santa fe católica, apostólica, romana, después de la cual recibió de manos del sacerdote el sacratísimo Cuerpo de Cristo nuestro Señor.

Pareció revivir con el Pan del cielo, y así tornóse por sus pies á su aposento, donde, desechando toda pompa y regalo y deseoso de imitar á su Señor, se echó sobre una pobre colchilla, como pudiera el más edificante religioso. Cuenta el sobredicho Sugerio que al mirar á su Rey, de tan alto, tan bajo y humillado, no podía, de puro sentimiento y ternura, contener las lágrimas. De lo cual, maravillado el piadoso Rey y como reprendiéndole dulcemente: No lloréis, le dijo, mi amigo Sugerio; antes dadme el parabién de mi dicha. Porque ¿qué mayor misericordia podía hacer conmigo su divina Majestad que poder, suelto y desembarazado, salir animosamente al encuentro de la muerte? ¹ En esta pobreza y desnudez vivió algún tiempo todavía, aquejado de su dolencia, no menos prolija que penosa, cuando, barrruntando que llegaba su hora, mandó extender una alfombra en el desnudo suelo, y que derramasen sobre ella mucha ceniza en forma de cruz; en la cual acostado, finalmente, entre los gemidos y sollozos de los suyos, entre las de-

¹ Noli, inquit, carissime amice, super me flere; quin potius exultando gaude, quod Dei misericordia praestitit, in ejus occursum, sicut vides, me comparari.

votes plegarias de los sacerdotes, entre los entrañables colloquios del augusto doliente con Cristo crucificado, entregó el espíritu en manos de su Criador y glorificador, á 1.º de Agosto, á los setenta de edad y treinta de su reinado.

XII

Hermanos míos y carísimos oyentes, no quiero cansaros, y termino. ¿Veis en la persona de este príncipe lo que desearían haber hecho en vida los monarcas de la tierra moribundos? ¿Veis cómo piensan, lo que aman, lo que aprueban y de veras codician en aquella hora? Y ¿qué imagináis que pasará por vosotros? ¿por ventura que no juzgaréis en aquel trance como los demás hombres? ¡Oh, cuánto os consolaría entonces haber ayunado y mortificado vuestros sentidos! ¿Por qué, pues, ahora os derramáis en banquetes y comidas? ¡Oh qué paz os diera haber frecuentado los templos! ¿Por qué, pues, ahora visitáis lugares y juntas ocasionadas? ¡Qué alegría el recogimiento y la oración! ¿Por qué, pues, ahora tanto distraimiento y libertad? Si entonces os gozaríais de haber abrazado la profesión y vida religiosa, ¿por qué ahora llegáis por ventura á escarnecerla? Sabéis muy bien que os afiligráis entonces tanta profanidad en el vestido; pues ¿por qué no se cercena? que os remorderá tanta desenvoltura en los ojos; pues ¿por qué no los refrenáis? que os dolerá tanta presunción y entono; pues ¿por qué no lo abatis? Si os ha de traer gran pesadumbre, esta soltura en murmurar, ¿por qué no se ataja con tiempo? Si os han de amargar tanto este rencor y odios enconados, ¿por qué no los desarraigáis ahora? Si os pesará de esas trampas en el comercio, ¿por qué no se cortan y desaparecen? Ea, pues, cristianos, llevaos en vuestra compañía la fiel consejera que os doy en este día, la cual jamás se separe de vosotros; es decir, que cada uno seriamente reflexione qué querría en la muerte haber hecho ó dejado de hacer, y conforme á este dictamen arregle sus costumbres y modo de vivir; porque, en verdad ¡oh muerte! tu juicio es seguro, y tus respuestas de vida sempiternas: *O mors, bonum est judicium tuum!*

PERORACIÓN y aplicación entregada á las costumbres;

por congregar,

inreprobación

interrogación.

Epitelo

y epifonea.

en las iglesias.

con los pobres:

el santo Viático:

sus efectos en el moribundo,

por dialogismo.

Desenlace:

la muerte del justo.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTISÉIS

Tres cosas, principalmente, debemos considerar en éste y en los demás discursos. La primera, **de dónde** sale el orador, ó sea la disposición y estado en que supone á sus oyentes. La segunda, el término **adonde** va, conviene á saber, la nueva forma que en ellos quiere introducir. La tercera, **el camino** que está en medio de estos dos términos y andando por él nos desvía del uno y nos acerca al otro. Y como este camino no se anda con otros pies que con el entendimiento y la voluntad, de aquí que los pasos sean **razones** que persuaden y **afectos** que conmueven. Tres puntos capitalísimos, sin los cuales todo es vagar en la elocuencia. Ha de preguntarse el orador: **¿De dónde** voy á sacar á mis oyentes? **¿Adónde** quiero llevarlos? **¿Por dónde** los guiaré mejor y con más seguridad? Y por este criterio, á la balumba y tropel de pensamientos, que se le ofrecieren, torne á preguntarles: Y esto ¿de qué me sirve al deseado fin? ¿De qué estotro para desarraigar tal vicio? ¿A qué viene esa idea para mover tal afecto? Y si lo pensado no sirviere, ó sirviere poco á la consecución del fin, por hermoso, por peregrino que le parezca, recházelo sin piedad é imite al albañil que no asienta piedra ninguna sin aplicarle la escuadra ó la plomada; ó bien al diestro artillero que no desvía los ojos del blanco para enderezar á él toda la fuerza de su metralla.

De dónde parte.—Aunque esto muchas veces se ha de callar y otras se insinúa en el comienzo de la confirmación, su ordinario asiento es el **exordio**. ¡Con qué gracia nos lo descubre el orador desde la primera cláusula! «Entre los afectos que, apoderados del corazón, hacen al hombre más supersticioso, más inepto, más pusilánime en el obrar, y, por decirlo así, más ridículo y extravagante, es, sin duda, el **temor demasiado de la muerte**.» Y lo pondera y lo encarece, porque así campeará más la elocuencia, como se ve más la virtud de la medicina cuando es muy grave la enfermedad. El punto de partida es, por consiguiente, un auditorio «pio ó no completamente descuidado en el nego-

cio de su salvación», pero espantado, abatido y **horrizado** con la idea de que ha de morir, y por ventura muy presto.

¿Y qué quiere de este auditorio? **¿Adónde** intenta llevarlo? Lo indica desde luego en la segunda parte del exordio; y no es á otro término sino á que destierren de sus ánimos el horror á la muerte, comoquiera que es lo que más impide el aparejarse bien á ella. Y veremos que no sólo alcanza que le **pierdan el miedo** y que le acepten con resignación, sino que ardentemente **la deseen**, que es una distancia inmensa y un triunfo esclarecido del arte.

Pues el **camino** que quiere seguir lo insinúa también en la tercera parte del exordio con el ejemplo de la máscara y del muchacho, que se reduce á hacer tocar á sus oyentes la máscara de la muerte, y que la manoseen, y que jueguen con ella, y hasta que, perdido el miedo, casi le cobren cariño. Recorramos, pues, este camino desde el **horror** hasta el **deseo** de morir, y veamos si, en realidad de verdad, nos guía al término.

Por dónde los lleva. El primer argumento de la **Confirmación**, sacado de la **necesidad** de morir, equivale á la **salida**, y es un atropellar valerosamente todas las dificultades. Si es forzoso morir, «si es la vía común y el único sendero por donde pasan todos los mortales, pecho, hermanos míos, gran aliento, y no desmayar ni congojarnos de caminar por él también nosotros». (§ II.) Así los arranca de su casa y los hace ir, si no gustosos, al menos resignados, en pos de Abraham, de José, de Salomón, de Raquel y de Judit; y luego los va desviando de la tierra y acercando al cielo por medio de seis consideraciones poderosísimas, que constituyen otras tantas jornadas.

Jornada primera. (§ III.) Dios nuestro Señor, para despegar nuestros corazones de este mundo y desasirmos de esta vida mortal, «nos la hizo trabajosa, áspera, desabrida, congojosa». Luego, vámonos de este mundo miserable. ¿Qué son las enfermedades, los reveses de fortuna, todos los trabajos, sino voces que nos gritan: ¡fuera, fuera! ¿qué son sino espuelas ó acicates que nos dan prisa á que salgamos?

Jornada segunda. (§ IV.) Aunque todo fueran delicias, pero ¿quién sabe si morir antes traerá más cuenta á nuestra alma que morir después? Si Dios me quiere llevar presto, por que no me pierda, ¿será bien temer la muerte?

Jornada tercera. (§ V.) Mientras vivimos corremos mucho riesgo de condenarnos. ¡Son tan fuertes las pasiones que nos guerrean dentro! ¡tantas las ocasiones que nos provocan fuera! ¡tan fieros los demonios que nos cercan por todas partes! ¿Por qué, pues, amamos esta vida?

Con estas **tres jornadas** los ha ido como desviando de la tierra, y toda su argumentación se cifra en este entimema:

Muriendo, nos libramos de estos y estos males.

Lu ego no es tan malo el morir.

Y ha sido como armar un escuadrón que nos esté aguijoneando por la retaguardia, ayudándose del **horror** que naturalmente nos causa lo que aprendemos como **perjudicial**. Ahora los irá acercando al cielo por otras **tres jornadas** con una argumentación que se resume en este entimema:

Muriendo, granjeamos tales y tales bienes.

Luego bueno es, muy bueno el morir.

Y será como armar otro escuadrón que nos combata de frente, ó como ponernos delante toda suerte de **bienes**, los cuales nos están convidando y atrayendo con suavisima fuerza, ayudándose de la **inclinación** natural que tenemos á lo bueno.

Antes de emprender la cuarta jornada, detiene á su auditorio en el párrafo VI, á fin de responder á una dificultad: «Si supiera que me he de salvar, poco me importara la muerte; mas ¡ay, que para muchos ha sido el pasaje del infierno!» La respuesta ó respuestas son eficacísimas, mayormente la primera y la postrera, de que aquí habla á gente virtuosa, y que el mejor aparejo para la muerte es morir con resignación... Ya venció la cumbre, ya se ven nuevos horizontes iluminados con nuevo y resplandeciente sol, ya emprende el camino con alientos desacostumbrados, y en breve la muerte, antes horrorosa, nos parecerá deseable.

Jornada cuarta (§ VII). Por la muerte nos certificaremos con certidumbre infalible de que somos gratos á Dios y hermosos á sus divinos ojos. Pero esto engendrará unos júbilos, una paz, unos deleites inenarrables. Luego es deseable la muerte.

Jornada quinta (§ VIII). La muerte nos abre la puerta á la posesión de todas las verdades del orden natural. Pero esto causará un gozo y una hartura que no se puede con palabras explicar. Luego es deseable la muerte.

Jornada sexta (§ IX). La muerte nos lleva á la vista y posesión de Dios. Esto es, nos sumirá en el píclago de su misma bienaventuranza. Luego es deseable, muy deseable la muerte.

Y henos aquí llegados al **término** de la persuasión oratoria, que es desterrar de los ánimos el **horror** de la muerte y engendrar **deseo** y codicia de ella. Y como este deseo puede considerarse, ya meramente **afectivo**, ya también **efectivo**, y como entrambos sean necesarios, si no ha de parar todo el discurso en sentimientos baldíos y estériles, por esto

SÉNERI los abraza entrambos, el uno al final de la primera parte, y el otro por toda la segunda.

Adónde va, ó término afectivo. Comienza en el mismo párrafo IX con aquellos apóstrofes: «¿Qué me importa privarme de este sol, si verá al resplandeciente sol de justicia y me iluminará la lumbre indefectible? Cerraos, pues, ojos míos, y no miréis la bajeza de la tierra. Adiós, montes; adiós, ríos; adiós, campos y florestas...» Pero ¡con qué hervor, con qué fuego, con qué llama va subiendo de las criaturas al Criador! «A Vos sólo quiero, por Vos únicamente suspiro, fuera de Vos no quiero cosa criada. Con Vos quiero abrazarme, hacia Vos se me arrebata el corazón.»

Muy encumbrado es el vuelo y los oyentes aun no le siguen. Por eso lo abate y les pregunta: «¿Y qué decimos nosotros?... Vergüenza da lo que acontece, y aun de sólo pensarlo se me cubre la cara de rubor. Y para atizar el sentimiento de **deseo**, despierta y enciende el de **vergüenza**, y exclama: «¡Oh baldón!, torno á decir, ¡oh afrenta del nombre cristiano! ¿Qué linaje es éste de locura ó de infidelidad?» Pero como lo que más impide ese vuelo es el pecado, excita la **confianza** del perdón: «Hemos pecado, es cierto; mas ¿por esto desmayar? ¿No está Dios pronto á perdonarnos? ¿no es Padre de las misericordias?... ¡Arriba, pues, los corazones: confianza, hermanos míos!»

Así dispuestos los ánimos, torna á subirlos, como el águila que toma á sus polluelos; y primero los levanta con el **amor de concupiscencia** á buscar «la corona tras la lucha, el premio después de la carrera, las magnificencias del triunfo tras los horrores del combate.» Luego, con el **amor de benevolencia**: «Veo que los ríos... el viento... el fuego... la piedra... todo corre á su centro; y nosotros ¿corremos con menor ímpetu á juntarnos con nuestro fin, nuestro centro, nuestro Dios?» En tercer lugar, **mezclando ambos amores** con la pintura del destierro, que dejamos, y de la patria y amigos que hallaremos. Finalmente, **ejercitando** actos de amor á la misma muerte: «Bendita muerte... Dichoso quien te conoce...» y casi **muriendo el mismo**: «Entre ya en mis huesos la podredumbre... Caigan ya estas paredes; y como **subiéndose** en realidad á la gloria: «¡oh dichosa subida! ¡oh día feliz! ¡oh momento bienhadado!, ¿cuándo será, Señor?...» ¡Cuán to artificio en una **peroración** tan natural!

Término efectivo. A éste se endereza todo el fuego de la peroración y toda la batería de la confirmación. La elocuencia no es la lógica ó la filosofía que convence, no es la poesía que deleita ó mueve los afectos; es el arte práctico

de la persuasión, y así más excelente que la poesía y la filosofía y que todas las ciencias y artes humanas, porque de todas se sirve para persuadir al hombre. Los oradores que sólo alumbran los entendimientos y mueven los corazones sin descender á la obra, se parecen al labrador, que se afana en cultivar la tierra y abonarla, y nunca siembra la semilla; ó al que enciende gran fuego en la máquina, pero no aplica la fuerza del vapor á la rueda ó hélice del navío. ¡Labor inútil! ¡triste ministerio!

El término **efectivo** es aquí que se dispongan á una buena muerte. ¿Cómo lo consiguen? Encendidos ya en fervorosos deseos de morir bien, les propone como medio seguro que tomen á la **muerte** por **consejera** de todas sus acciones; y para que lo practiquen de hecho, emplea estos tres arbitrios. Lo primero, se lo **explica** y desmenuza (§ X). Lo segundo, los **confirma** en ello con un ejemplo conmovedor (§ XI). Lo tercero, los **impela** ejecutando él mismo lo que desea practiquen sus oyentes (§ XII).

Admírese, no sé si la destreza del orador ó el celo del apóstol. Dijo en el principio que hablaría sólo á gente virtuosa; pero ¿cómo le ha de sufrir el corazón que ningún pecador se pierda? No los pierde él de vista, y sólo decirles que no quiere hablar de ellos es un harpón agudísimo que les debe atravesar el alma. ¡Y qué dardos les va dirigiendo! «Razón tienen, diceles en el exordio, los infelices de horrorizarse y temblar al pensamiento de aquel punto terribleísimo, puerta y entrada para ellos de los infiernos perdurables.» ¡Y en la confirmación? «¿No dije desde el principio que no era mi propósito predicar hoy á pecadores impenitentes, encenagados en vicios, encallecidos en el mal?... Lejos, lejos de aquí esos malaventurados... Bien hacen los infelices en temer, y no sólo en temer, pero en temblar y horrorizarse á la memoria de su partida, fin de sus goces y comienzo de su interminable padecer.» ¡Y qué es toda la segunda parte sino viva exhortación á salir del pecado? Así, con sabio artificio, supone á sus oyentes todos justos para atraerlos, y al fin les habla como á pecadores para aprovecharlos. Esta es elocuencia apostólica.

*Hæc mihi convincet demum, hæc oratio palmam
Erípiet, quæ clausa gravi fine atque decenti est.*¹

¹ Arias Montanus, Rhetoricorum, lib. III.



DISCURSO VEINTISIETE

DE LA TRIBULACIÓN

Domine, ecce quem amas, infirmatur.

Señor, mira que el que amas, está enfermo.

(JOAN., XI, 5.)

EXORDIO

QUE sea dificultoso, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, encubrir ó disimular los afectos del ánimo cuando son vehementes, no puede negarse; pero ninguno, si no me engaño, más dificultosamente que el amor. ¿Queréis ver debajo de un semblante halagüeño disimulado el odio? Mirad á Caín convidando á su hermano Abel á solazarse en el campo. ¿Queréis ver debajo de frente serena y exterior atractivo escondidos el sobresalto y el temor? Mirad á Jezabel aguardando al capitán Jehú desde los balcones de su casa. ¿Queréis ver encubiertos con capa de religión la envidia, la amargura, el desabrimiento y el despecho? Recordad á Herodes mostrando fingidos deseos de adorar al Salvador del mundo en compañía de los Magos. Mas el amor, decidme, ¿quién jamás lo disimuló de manera que pareciese enemigo implacable el amador más fino y enamorado?

Ni es de maravillarse. El hombre, si quiere huir de la justicia que le persigue, tiene mil trazas para esconderse; sabe trocar el nombre, desfigurar el rostro, contrahacer el talle y continente, como David cuando huía de Saúl; pero un niño pequeño, no así; tan lejos anda de ocultarse, que él mismo saldrá al encuentro de los pesquisidores y ministros.

Por terminación
oratoria.

Propps. remota:
el amor no puede
disimularse,

por comparación
a disimular con
otros afectos ve-
hementes,

por inducción y
subsección per-
fecta.

Confirmase por
razón natural